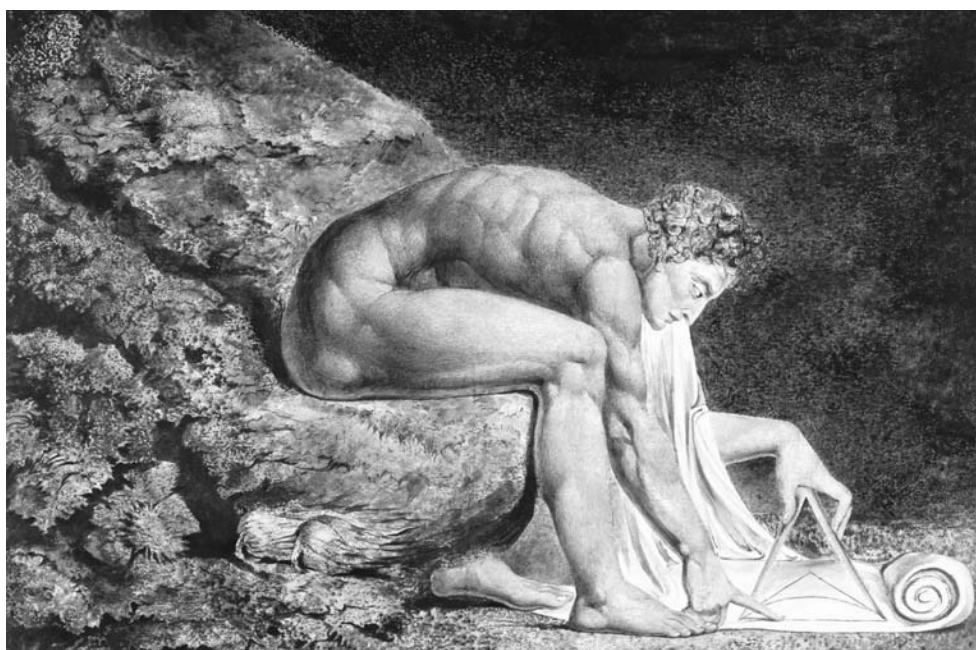




VISIONES SIMPLES, VISIONES COMPLEJAS

“May God us keep from single vision and Newton’s sleep” (Líbrenos Dios de la visión simple y del sueño de Newton), escribió en 1802 el poeta y pintor inglés William Blake (Londres, 1757-1827). La irónica sentencia apareció poco después de que la reciente física newtoniana, de la que Blake era un crítico acérrimo, empezara a extender globalmente una explicación plausible para los fenómenos físicos. Y, como sabemos, a través de formulaciones ciertamente simples, hoy insuficientes para la complejidad planteada después de la formulación de la teoría de la relatividad, de sistemas, del caos, o el desarrollo de la física cuántica.

La Tate Britain conserva una ilustración del propio Blake, al parecer ejecutada un par de años más tarde, al menos firmada en 1804, y titulada lacónicamente *Newton*, donde retrata desnudo a un idealizado físico, de cuerpo atlético y bien formado, sentado sobre una roca tapizada de líquenes y musgos, de estructuras y texturas caprichosas y voluptuosas, accidentales. Aparece reclinado hacia delante, dando la espalda a la naturaleza y manejando un compás sobre su propia túnica extendida en el suelo, que si bien es perfectamente lisa ahí donde apoya el instrumento, termina en una especie de voluta caprichosa. La imaginación creativa frente a la razón newtoniana. No obstante, una segunda visión sobre la ilustración, no inmediata, desvela otra posibilidad más allá de la somera descripción que acabamos de hacer. Aunque la intención que subyace, accidente frente a razón, sea la misma, y la refuerce. En esta segunda visión la roca en realidad es —o puede ser, quién sabe— una especie de engendro que con las fauces abiertas se está tragando al físico. En la parte superior izquierda de la ilustración una sombra se asemeja a

Fig. 1. William Blake, *Newton*, c.1804 (Impresión única a color acabada en tinta y acuarela sobre papel, 460 x 600mm. Tate Britain, Londres. Imagen tomada de <http://picasaweb.google.com>).

la cuenca de un ojo, un poco más abajo se puede intuir algo parecido a una fosa nasal, y la línea de sombra diagonal que parte de las nalgas de Newton diferencia el cráneo de la mandíbula de este ser. Una vez descubierta esta ilusión, no permanece oculta más y es difícil desprenderse de la imagen de una roca-monstruo que se traga a Newton.

Este nuevo número de RA continúa con la apuesta por la heterogeneidad en sus contenidos que viene caracterizando a la revista. Sin embargo, esto no impide trazar lazos y conexiones entre los artículos que la componen. Porque además, por encima de las cuestiones concretas que tratan, en la mayoría se imponen acercamientos y visiones renovadas, y en ocasiones novedosas, que ponen en cuestión las tesis hasta ahora comúnmente aceptadas en esos campos. Tras éstas, en ocasiones se refugian las visiones más reduccionistas de la realidad arquitectónica, visiones simples que si bien ordenan hechos, clasifican, explican..., dejan de lado las conexiones más complejas que, incluso estudiadas desde estos puntos de vista, quedan sepultadas por las más fáciles digeribles visiones simples sobre la materia. En estas últimas, todo está al servicio de una historia propia alimentada por la misma arquitectura y por sus personajes, exclusiva y auto-justificada, que elimina en consecuencia todo aquello que no encaja en las historias más purificadas.

Así, Stanford Anderson ha cedido la publicación en castellano de un artículo, incluido originalmente en *Oppositions* y después como capítulo en *Peter Behrens and a New Architecture for the Twentieth Century* (MIT Press, 2000), donde se revisan los conceptos tradicionales de la relación entre técnica y forma artística en Alemania a partir de los diseños de Peter Behrens, quizá el primer diseñador industrial, para la AEG.

Por su parte, Maristella Casciato examina y pone en valor la contribución, que todavía permanece oculta y en un segundo plano, de Pierre Jeanneret y de la pareja británica Jane Drew & Maxwell Fry, en el diseño y construcción de una Chandigarh que de modo burdamente reduccionista se atribuye en muchas ocasiones exclusivamente al genio inagotable de su primo Le Corbusier.

Después, Carlos de San Antonio nos relata el viaje que Ricardo Fernández Vallespín realizó a mediados de 1947 por varios países europeos por medio de las cartas y de una serie de dispositivas del casi desconocido arquitecto. Este itinerario, prácticamente ignorado por la historiografía, coincide con el que realizase su compañero Miguel Fisac dos años más tarde. Uno ha pasado prácticamente desapercibido, el otro ha sido mitificado y sin embargo, sería el primero el que propiciase y ordenase, en parte, el segundo.

Francisco González de Canales plantea lúcidamente el cuestionamiento de la arquitectura digital y de la validez de sus paradigmas por parte de sus propios precursores, norteamericanos y principalmente en las universidades de su costa este. Para eso se remonta a la transición producida en la arquitectura norteamericana de los años ochenta y postmoderna hacia la arquitectura de computación aparecida en los primeros noventa, descomprometida de la anterior práctica discursiva, carente de significado, ahistórica y despolitizada.

Luis Burriel Bielza arroja nuevas luces, indaga minuciosamente, descubre otras posibles relaciones por encima de las obvias o conocidas, revela mecanismos ya empleados y desvela precedentes, analizando la evolución del proyecto para la iglesia parroquial de Saint Pierre de Firminy-Vert de Le Corbusier en la relación entre el altar y la puerta: continuidades, recorridos, movimientos, desplazamientos, tensiones, vínculos, simbolismos.

Lucía Nuria Álvarez Lombardero cuestiona, al menos en parte, el fracaso con el que la historiografía ha sentenciado la propuesta y apuesta del Team X por las estrategias urbanas derivadas del concepto de *mat-building*. Revisa los logros, apunta los fracasos, y plantea los límites, quizá no agotados, de un urbanismo que trataba de superar las herencias del urbanismo de los primeros CIAM y prometía una mayor asociación espacial e interacción social.

Jorge Francisco Liernur trata de mostrar cómo uno de los atributos que definen la arquitectura moderna, la cubierta plana, ha sido explicada desde la historiografía por el avance de la técnica constructiva, la higiene y cultura física o la influencia de las corrientes artísticas coetáneas, principalmente el cubismo o el neoplasticismo, olvidando la influencia de las arquitecturas vernáculas norteafricanas. Más allá de los lugares comunes y sin negar las anteriores, esta otra aportación, demuestra la complejidad y la mezcla de los procesos de la arquitectura, por encima de las visiones más simples.

Wilfried Wang ha puesto en orden y desarrollado para RA las ideas de la conferencia impartida en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Navarra el 5 de febrero de 2010 en las que plantea los cambios de paradigma que debe afrontar la arquitectura si quiere responder al verdadero reto de la sostenibilidad y, por encima, reaviva el debate sobre la calidad arquitectónica, previa a su construcción, y de los comités para evaluarla.

Por su parte, Werner Oechslin, en un artículo esperado y excepcionalmente extenso para lo habitual, despliega una erudición sorprendente para poner en cuestión las lecturas simples y simplistas sobre la aportación holandesa, culturalmente más profunda, al cuerpo teórico de la arquitectura, precisamente tomando distancia de las tesis que plantean una edad moderna creada a sí misma a partir de nada.

José Ángel Medina nos ofrece una reconstrucción matizada y alejada de las interpretaciones canónicas, triunfantes y mitificadas, de la celebrísima reunión de delegados del CIRPAC en Barcelona en 1932. El estudio minucioso de la abundante correspondencia interna del GATEPAC ofrece una lectura distinta, menos dulcificada y más próxima a la realidad de este capítulo relevante de la historia de la arquitectura moderna en España.

Juan Coll-Barreu propone un particular análisis, novedoso, sobre el Crown Hall, el edificio de Mies van der Rohe para la Escuela de Arquitectura del IIT en Chicago acabado en 1956, que cuestiona y voltea su ejemplificación por parte de la historiografía canónica como uno más de los pabellones transparentes del maestro. Una mirada atenta y un estudio de su contexto demuestran una imagen distinta a la inmediata, una visión algo más compleja.

Para terminar, Rubén A. Alcolea da cuenta de lo acontecido en el VII Congreso de Historia de la Arquitectura Moderna Española celebrado en mayo de 2010. En efecto, el congreso permitió, y lo demuestran sus actas, retomar nuevas aproximaciones sobre el viaje del arquitecto y para disponer, más concretamente, de una visión panorámica de los de los arquitectos españoles de la época y de los de los arquitectos extranjeros que nos visitaron.

En definitiva, este formato ‘heterogéneo’ de la revista y la línea editorial marcada invita precisamente a desentrañar estos pormenores que sigan arrojando luz sobre las explicaciones canónicas. Y, paradójicamente, no puede ser sino a través de argumentaciones simples como alimentar poco a poco estas otras visiones complejas sobre los mismos hechos. Como se lee entre las líneas de Blake o vemos en su ilustración de Newton, quizá hay más significados de los aparentes y simples.

Jorge Tárrago Mingo